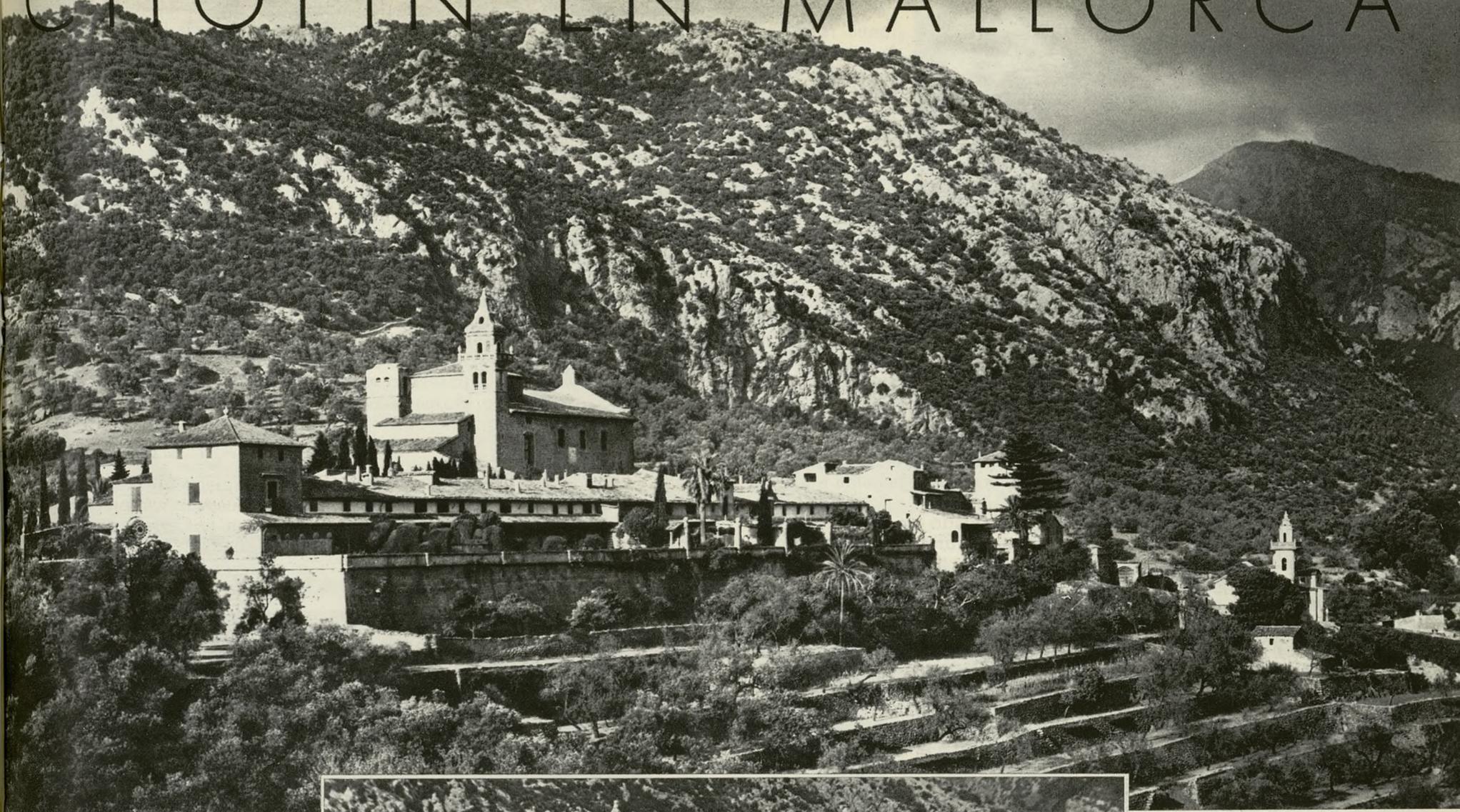


CHOPIN EN MALLORCA



DE Sóller a Valldemosa va la carretera, blanca de sílice y caliza, como una cinta cinematográfica, en una rápida sucesión de planos desconcertantes, bordeando la cornisa de la Costa de Oro. Y, finas siluetas de encalado ensueño, van pasando los blancos caseríos silenciosos, los hotelitos colgados sobre el mar, la cala rumorosa de Deyá —diríase un pueblecito de cantón suizo, a orillas del Lemán— y las atalayas magníficas de los Miradores, desde donde se ve la espuma del agua, como nubes de otro cielo que se arroja sobre los acantilados. Junto a Deyá, la "Foradada", la gran roca, en la que el mar abrió el capricho de un "ojo de buey" y sobre la

que se conserva la negra mancha de la hoguera que encendió Rubén, cuando ataviado de cocinero, quiso guisar una paella junto al Mar de Petrarca.

A orillas del camino, los olivos —bacantes de la latinidad— se estremecen en el espasmo de una danza diabólica, mientras ladera arriba, los viejos anacoretas de Miramar reposan bajo los pinares o rezan, en la frescura de las estancias blancas, frente a la verdad tremenda de una humana calavera. Luego la carretera deja la espesa floresta y la compañía del mar —un mar único, increíble, alucinante— y abriéndose al valle, llega a Valldemosa, la villa mallorquina de Santa Catalina Tomás —la santita mucama— y de Raimundo Lulio, que pasó en la Trinidad sus años de anacoresis y de enseñanza de lenguas orientales; allí nació "Blanquerna", la cigarra de Dios; ermitaño poeta con celda, fuente y capilla.

Reposa el pueblo entre las cercas de higueras y naranjos, almendros y algarrobos, en el encanto de una página de Gabriel Miró, en esa paz recoleta de la Isla de la Calma —la "Roqueta", dicen los paisanos—, y dominando huertos y callejas de espesas celosías, el tejadillo verde de la torre de la Cartuja parece un monje encapuchado sobre el que pusieran los pájaros sus alegres estridencias paganas.

SANTUARIO DEL SILENCIO

Decir Valldemosa es decir la Cartuja. El viejo edificio grande, gris y traspasado de salmos, conserva airosos sus muros del siglo XIV y es un santuario del silencio; hollado con demasiada frecuencia por las pisadas



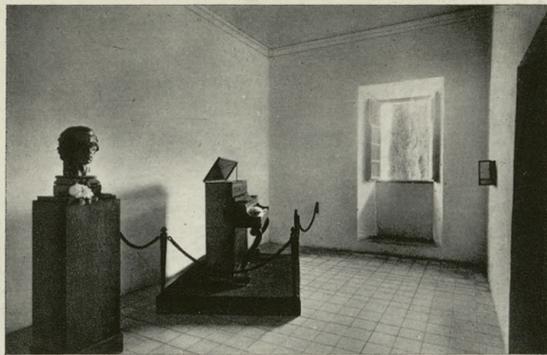
CIEN AÑOS DESPUES DE SU MUERTE

bruscas de turistas irreverentes. Sonriendo al valle que se extiende hasta el sur de la isla, hasta las llanuras de Manacor y Porto Cristo donde se encienden candilejas de maravilla en las estalactitas de los grutas fantásticas, la Cartuja, rodeada de cipreses y limoneros, conserva todavía su majestuosa grandeza y su silencio, ese callar sereno de los monjes blancos que se advierte en claustros y corredores y que pervive en las celdas encaladas primorosamente y en los jardincillos risueños colgados sobre el valle. Fundada como Monasterio de Cartujos en 1339, por D. Martín de Aragón, el oscuro edificio fué víctima en 1835 de la Ley Mendizábal, que al nacionalizar los bienes eclesiásticos, expulsó de la Cartuja a los trece monjes que la habitaban. Las celdas fueron alquiladas o vendidas a particulares, que lo mismo las utilizaban como graneros que como residencia de verano. Muchas de ellas estaban vacías y en otras se conservaban las viejas sillerías corales, los grandes facistolos o el sillón del Rey Don Martín, mientras la humedad corroía los frescos de la iglesia y crecía la hierba en el cementerio viejo de los monjes.

EXTRANJEROS EN VALDEMOSA

Un día de diciembre de 1838 llegaba a la Cartuja un extraño grupo compuesto por una mujer, un hombre y dos niños, Eran Jorge Sand —nacida Aurora Dupin, baronesa Dudevant—, Federico Chopin y Mauricio y Solange, hijos de la Sand. Un catarro del anterior invierno había dejado a Chopin una inquietante tosecilla y Mauricio pasaba por una crisis de adolescencia. El médico de París recomendó a ambos una temporada de descanso en un clima meridional. Jorge Sand pensó en Italia, país que ya conoció con Alfredo de Musset en una borrascosa y lamentable aventura, pero al fin se eligió Mallorca como punto de internada, y un buen día de Noviembre de 1838 el vapor "El Mallorquín" zarpaba de Barcelona rumbo a Palma de Mallorca con los cuatro pasajeros a bordo.

La señora Dupin causó sensación en la pequeña ciudad provincia-



lumbrada claramente por los isleños— y la misma compañía del músico con una mujer casada, divorciada, con dos hijos que no eran de ambos, motivaron un natural retraimiento de los palmesanos contra los que Jorge Sand pretendió vengarse calumniosamente en "Un hiver à Majorque". Después de una breve estancia en Palma y luego en Sont Vent, el grupo se trasladó a la Cartuja donde encontró fácilmente acomodo, permaneciendo allí durante dos meses, ocupando la celda número cuatro del corredor de los monjes.

Chopin escribía a sus amigos de París, encantado de la belleza del paisaje y de la paz del ambiente y todo fué bien durante escaso tiempo.

El carácter viril y pasional de la escritora chocó pronto con la excesiva sensibilidad del desdichado Chopin. Y pronto se abrió entre ellos un abismo definitivo que les separó ya para siempre. La Sand, fracasada en su teatral papel de dulce y abnegada enfermera, pasaba la mayor parte del tiempo en el campo, mientras el joven músico, derrumbado sobre el teclado de su Pleyel, escuchaba aterrado el rumor obsesionante de las gotas de lluvia y sus ojos con fiebre veían largas filas de monjes encapuchados por los fríos corredores y un sacristán borracho golpeaba las puertas y se arrastraba bajo la arcada, llamando a un fantástico "Padre Nicolás". En aquellas horas de soledad y angustia nacieron los atormentados poemas de los "Preludios" y algunos Estudios, Baladas, Scherzos y Polonesas.

A los dos meses de su estancia en Valldemosa el grupo emprende el retorno a Francia, dejando en la celda el rumor de sus voces y las cascadas escalofrantes de las melodías.

EN BUSCA DEL RECUERDO

Pasaron los años y pasaron aquellas vidas azarosas e inquietas como agujas de marear. El pianino Pleyel llevado por Chopin a Mallorca quedó en poder de Elena Choussat, esposa de un banquero de Palma, mientras en la celda abandonada se dormían los ecos de palabras y notas. El actual propietario del Pleyel —Don Gabriel Quetglas Amengual, auténtico caballero mallorquín— recibió en 1919 una carta de M. Edouard Ganche, Presidente de la Sociedad Federico Chopin, de París. M. Ganche quería comprobar si el piano Pleyel conservado por los herederos de la señora Choussat de Canut era el que usó Chopin durante su estadía en la Cartuja. Había una prueba documental: una carta del músico, fechada en Marsella el 28 de marzo de 1839 y dirigida al Sr. Canut. El señor Ganche, con su esposa, llegó a la isla y comenzaron las investigaciones para determinar la auténtica celda de Chopin; un dibujo de Mauricio Sand "La cellul"— permitió identificarla plenamente y el Sr. Quetglas la adquirió, colocándose en su muro de entrada una placa conmemorativa por la "Société Chopin" en la que figuraban entonces, además de M. Ganche, Eduardo Herriot, el Conde Zamoysky, la Condesa de Noailles, Lecomte, Paul Valéry, Charpentier, Rabaud, Vidor, Pablo Casals, Alfred Cortot, Paul Dukas, Maurice Ravel y otras figuras destacadas de la vida intelectual francesa.

En la celda restaurada se colocó un busto de Chopin, obra de Borrel Nicolau —escultor de las formas tremendas y visionarias— y el pianino Pleyel, al aire el teclado que se estremeció bajo las manos del genio. Y sobre el marfil amarillento, los guardianes de la celda renuevan diariamente una rosa blanca, mientras otras florecillas —rojas, verdes, azules— son el homenaje del valle mallorquín ante el busto del músico. Sobre el teclado inmóvil, sólo tres manos han buscado la "nota azul", fueron las manos de Wanda Landowska, las del Padre Massana, S. J., y las de José Casanovas.

En esta celda se conservan numerosos documentos, entre ellos las Memorias de la señora Choussat —llenas de referencias—, la carta de presentación de la Baronesa Dude-

na. Los pantalones rojos de la escritora, sus horribles cigarrillos, la ropa masculina de Solange y un ejemplar de "Lelaia" que corrió de mano en mano, espantaron a aquellas gentes sencillas. Por otra parte la enfermedad de Chopin —vis-

lumbra al banquero Canut, y la carta de Chopin que prueba la autenticidad del piano, pruebas incontestables, todas ellas de la legítima posesión del Pleyel. Un Comité Pro Chopin, integrado por Herriot, Aurora Sand, Cortot, J. Estelrich, M. Sureda y otras figuras francesas, organizaron en los años 1931 a 1935 audiciones musicales sobre obras chopinianas. Actuaron como solistas Horszowsky, Rubinstein, Cortot, Unisky y Sulikowsky.

Aquella celda silenciosa es visitada diariamente por esos peregrinos de la belleza que buscan tenazmente el recuerdo emocionado de los grandes hombres. En el libro de Oro de la auténtica celda, quedan los breves autógrafos nerviosos del actual Gran Duque de Rusia, de la princesa Mercedes de Baviera y Borbón, de los pintores Anglada Camarasa, José de Togores y Enrique Ochoa; del músico Padre Massana, S. J.; del escultor Illanes; del político y diplomático Conde Lubiensky, de Costa, Marshall, Padilla, Manen, Rufino, Ekitaí Ann... El "pauvre piano majorquin" de que habla la Sand en sus Memorias, parece perdido definitivamente; en otra celda de la Cartuja se enseña uno, carente en absoluto de pruebas históricas, mientras Wanda Landowska afirma poseer en su Escuela de Saint-Leu-La-Forêt el auténtico instrumento, afirmación sólo basada en conjeturas.

LA CARTUJA Y CHOPIN

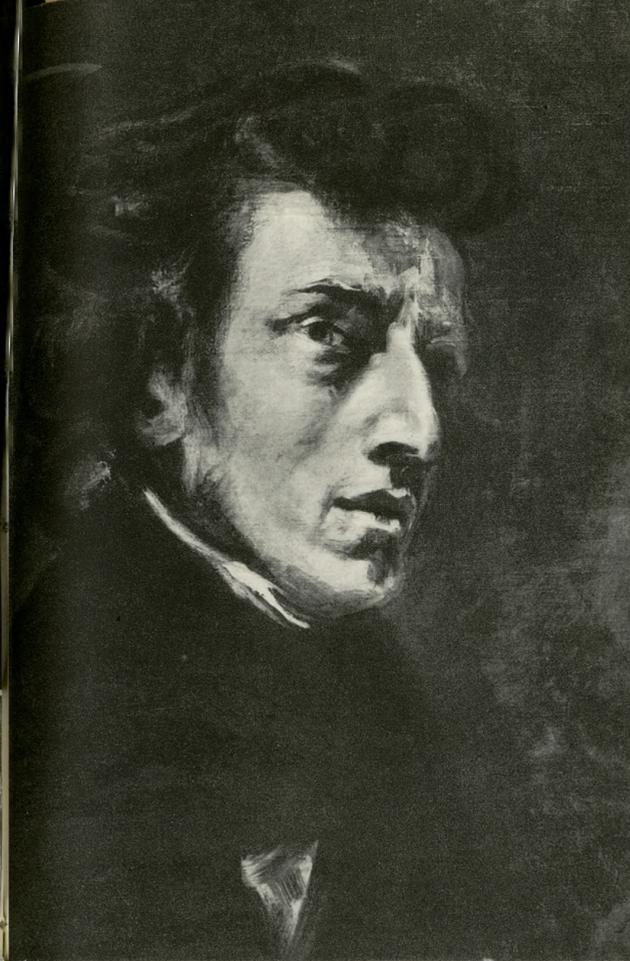
En otoño de 1933. Nino Salvaneschi, el escritor ciego que describió en "Sirénide" las bellezas de Capri y que ha buscado las consecuencias artísticas del amor y el dolor, firmaba en la Cartuja su prólogo a "El tormento de Chopin", la más apasionada y humana



Les mains de Frédéric Chopin jouant du piano, firent entendre merveilleusement les plus splendides harmonies et les plus pathétiques expressions de l'âme que son génie avait produites dans ses œuvres immortelles.
Edouard Ganche.

Tocando el piano, las manos de Federico Chopin hicieron oír maravillosamente las más espléndidas armonías y las más patéticas expresiones del alma, prodigadas por su genio en sus obras inmortales.
Edouard Ganche. 1931.

Arriba: Sobre el marfil del pianino Pleyel, sus guardianes renuevan diariamente una gran rosa blanca.— Abajo: la mano izquierda de Chopin, según un vaciado de Clesinger, con un autógrafo de Eduardo Ganche.



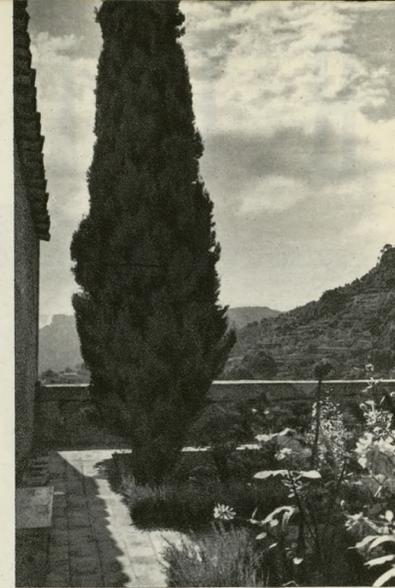
Chopin llegó a Valldemosa "buscando la primavera o algo más".

biografía del músico polaco. El es quien afirma que Valldemosa no fué un simple episodio en la vida de Chopin, sino una etapa decisiva; el músico llegó a la isla buscando "la primavera o algo más" y en ese "algo más" quiere ver Salvaneschi el presentimiento de su desgracia por el músico, enfermo incurable, el clima de la isla no pudo hacerle ya ningún bien. La laringitis diagnosticada por un médico benévolo, se había convertido en una lesión grave que habría de llevarle a la muerte diez años después —en 1849— de su internada en la Cartuja. Agotado, amargo, solitario, Federico Chopin añoraría muchas veces la paz de la Cartuja, las admiraciones verdes de los cipreses, el eco de los grandes salones vacíos, el silencio recoleto de las celdas y el rumor de la fuente encastada, con las grandes hojas amarillas flotando en el agua, como pequeños barcos fantásticos que nunca llegarían al puerto de su ventura. Y recordaría con terror aquella noche estremecida de espectros o aquella otra carnavalesca, en que hombres y mujeres con cabezas de pájaros bailaron el bolero mallorquín —más obsesionante, más rítmico, más enervante que nunca— junto al viejo cementerio de los monjes donde la Luna vertía su tristeza imposible. Chopin sembró los rincones de la celda de sus blancos pañuelos perfumados, donde florecieron extrañas y terribles flores rojas. Y "enfermo detestable" según la Sand, pronto comprendería la tragedia de su destino llamándole a voces como al nórdico príncipe maldito, allí, en Valldemosa, se consumió la hoguera inútil de aquel amor absurdo entre la viril escritora y el delicado polaco, que desde entonces vivieron alejados y extraños, incluso durante los nueve años que aún duró el torpe y fracasado idilio. La historia ha disculpado a Federico Chopin; su silencio abnegado, su delicadeza al no acusar nunca, forman un notable contraste con la actitud de Jorge Sand que parece haber escrito sus obras para justificarse ante la posteridad, lavando sus sucias manos en el agua inefable de la hipocresía. Valldemosa conserva celosamente el culto al recuerdo al músico. Está el aire de la cuarta celda como petrificado y quieto; aquel mismo aire que tembló desgarrado con la angustia infinita de los "Preludios", mientras el pobresacristán borracho llamaba al "Padre Nicolás" y el músico lloraba abrazado a su ataúd toda la tristeza de su fracaso y de su gloria.

JOSE MARIA PEREZ LOZANO



La policromía de las flores...



... en el jardincillo de la celda...



... desde el que Chopin contemplaría...



... la llanura y la línea imperceptible del mar...

Rincón de la Celda Chopin, identificada por un dibujo de Mauricio Sand.



Palmeras y cipreses... Chopin no olvidó jamás la ternura de estas rosas